

El Museo de Historias Ambulantes.

Pseudónimo: Cynnamon

La primera vez que escuché hablar sobre los Museos de Historias Ambulantes, me mostré escéptica. Su descripción parecía inverosímil: construcciones móviles que recorrían la ciudad transportando una colección de obras de arte efímeras que captaban a la perfección el espíritu de aquella tierra. Un proyecto tan ambicioso que quedaba demasiado cerca del filo de la realidad.

Además, si aquellas maravillas eran lo que prometían, ¿por qué los habitantes de la Perla del Guadalquivir no presumían constantemente de su existencia? Si de verdad portaban algo tan valioso, ¿no debería resultar más difícil y caro conseguir un billete para visitarlos? Pero una no aprende a amar la aventura sin mantener la mente abierta. Así pues, aguardé su llegada en el lugar y la hora convenidos.

El exterior no parecía gran cosa. Un armazón lacado en los colores insignia de la región, protegiendo un motor renqueante que hacía vibrar toda la estructura. El interior tampoco era amplio ni espectacular. Tomé asiento y nos pusimos en movimiento. Esperando a que comenzase el supuesto espectáculo, miré a mi alrededor.

Una niña contaba a su madre su último gol con la misma emoción que si hubiese ganado el Mundial. Ella le devolvía una mirada tan orgullosa que bien podría haber sido así.

Una mujer de rostro agotado gestionaba por teléfono un problema con una entrega que estaba retrasando un importante proyecto.

Una pareja de ancianos charlaba con una ternura que normalmente parece reservada a los recién enamorados pero había perdurado en ellos.

Un chico revisaba nerviosamente el contenido del examen al que se dirigía, pasando las páginas a tal velocidad que era improbable que estuviese leyendo.

Dos jóvenes conversaban tímidamente. Sus miradas evasivas sugerían una conversación pendiente, pero la manera en que sus espacios se fundían ligeramente garantizaba un feliz desenlace.

Dos amigos escuchaban pacientemente a un tercero desahogarse de las ansiedades que le acechaban.

La luz entró por una de las ventanas en el instante preciso en el que un grupo de estudiantes rompía a reír, iluminando sus rostros y dando a sus ropas el aspecto de una acuarela que sólo duró un segundo.

Entonces fui consciente de que aquello era lo que había estado esperando. Funciones ininterrumpidas del Teatro del Mundo en las que los actores carecían de guión pero jamás erraban una entrada, con escenarios que cambiaban constantemente a través de los ventanales sin la intervención de tramoyistas. Una muestra del alma de la ciudad encapsulada en un pequeño espacio y constituida por obras originales de todas las épocas, géneros y procedencias que tan sólo coincidirían en el tiempo durante un breve instante antes de disolverse para siempre. Si la Catedral, la Giralda o la Plaza de España eran el corazón de Sevilla, estos Museos transportaban la sangre que fluía por sus venas, insuflando vida hasta cada rincón de la ciudad.

Cuando el Museo se detuvo en mi destino, descendí sonriendo ante una última revelación: por un momento yo había formado parte de esa preciada colección y ella era ahora parte de mí.